

LOS OJOS  
DE LA NOVELA  
DEL PERRO  
SANTANA  
SIBERIANO ANA



[www.kapelusznorma.com.ar](http://www.kapelusznorma.com.ar)

Bogotá, Buenos Aires, Caracas,  
Guatemala, Lima, México, Panamá, Quito,  
San José, San Juan, Santiago de Chile

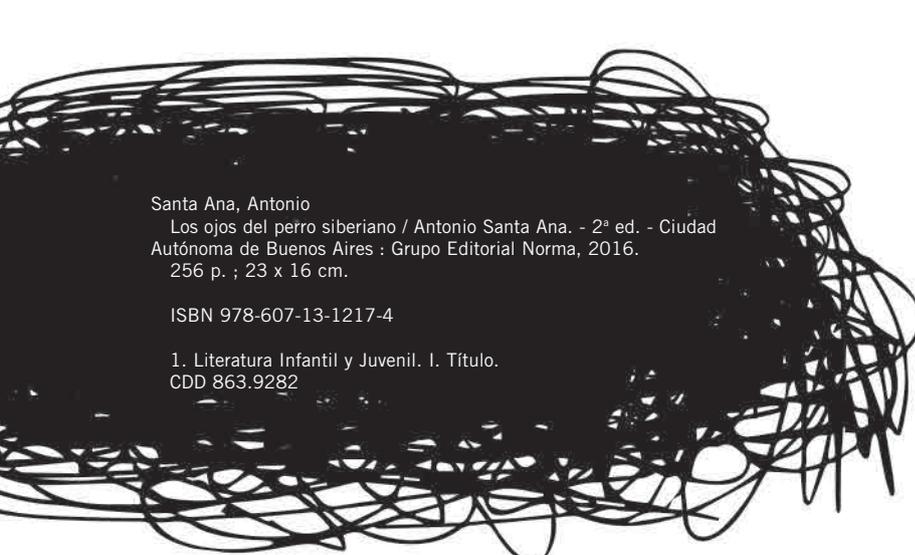


LOS OJOS  
DEL PERRO  
SIBERIANO

UNA NOVELA  
DE  
ANTONIO  
SANTA  
ANA

**Diseño:** Sebastián Cohenes

**Dirección de arte:** Valeria Bisutti



Santa Ana, Antonio

Los ojos del perro siberiano / Antonio Santa Ana. - 2ª ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires : Grupo Editorial Norma, 2016. 256 p. ; 23 x 16 cm.

ISBN 978-607-13-1217-4

1. Literatura Infantil y Juvenil. I. Título.  
CDD 863.9282

D.R. © 1998, Antonio Santa Ana

D.R. © 1998, Editorial Norma

D.R. © 2017, Educa Inventia, S.A. de C.V.

Av. Río Mixcoac 274, piso 2, Colonia Acacias,  
Alcaldía Benito Juárez, Ciudad de México, C. P. 03240.

Reservados todos los derechos conforme a la ley. El contenido y los diseños íntegros de este libro se encuentran protegidos por las Leyes de Propiedad Intelectual. La adquisición de esta obra autoriza únicamente su uso de forma particular con carácter doméstico.

Queda prohibida su reproducción, transformación, distribución y/o transmisión, ya sea de forma total o parcial, a través de cualquier forma y/o cualquier medio conocido o por conocer, con fines distintos al autorizado. Marcas y signos distintivos que contienen la denominación.

\* El sello editorial "Norma" está licenciado por Carvajal, S.A. de C.V., a favor de Educa Inventia, S.A. de C.V.

Segunda edición: noviembre 2021

Dirección editorial: Laura Leibiker

Dirección de arte: Valeria Bisutti

Coordinación editorial: Virginia Ruano

Diseño y diagramación: Sebastián Cohenes

Corrección: Roxana Cortázar

Producción: Rocío Vidal

Fotografía: shutterstock.com

ISBN 978-607-13-1217-4

---

¿NO CREE QUE ESESO  
PRECISAMENTE  
LO QUE LA LITERATURA  
DEBE HACER?  
¿PROVOCAR  
DESASOSIEGO?

---

ANTONIO TABUCCHI

ES TERRIBLE DARSE CUENTA  
DE QUE UNO TIENE ALGO  
CUANDO LO ESTÁ  
PERDIENDO. 

Eso es lo que me pasó a mí con mi hermano.

Mi hermano hubiese cumplido ayer 31 años, pero murió hace cinco.

Se había ido de casa a los 18, yo tenía 5 años. Mi familia nunca le perdonó ninguna de las dos cosas, ni que se haya ido, ni que se haya muerto.

Esto, si no fuera terrible, hasta sería gracioso.

Pero no lo es, lamentablemente.

Perdonen si este párrafo es confuso. Quiero contar toda la historia esta noche.

Mañana me voy.

Tal vez si logro repasar mi historia en voz alta, aunque sea una vez, me sienta más liviano en el momento de tomar el avión.

Pero no sé si podré.



# —CAPÍTULO I—



**N**osotros vivimos en San Isidro en una de esas grandes casonas de principios de siglo, cerca del río.

La casa es enorme, de ambientes amplios y techos altos, de dos plantas. En la planta baja, un pequeño hall, la sala, el comedor con su chimenea, el estudio de mi padre, donde está la biblioteca, la cocina y las habitaciones de servicio. En la planta alta están los dormitorios, el de mis padres, el de mi hermano y el mío, un cuarto para que mi madre haga sus quehaceres (siempre fue denominado así: para los quehaceres de mi madre; he vivido toda mi vida en esta casa y no sé cuáles son los quehaceres que mi madre realiza en ese cuarto) y un par de habitaciones vacías. Obviamente también hay baños, dos por planta.

La casa está rodeada por un gran parque, en la parte de adelante hay pinos y un nogal, detrás los rosales de mi madre y sus plantas de hierbas. Mi madre cultiva y cuida sus hierbas con un amor y una dedicación que creo no nos dio a nosotros. Estoy exagerando, pero no mucho. Cultiva orégano, romero, salvia, albahaca, tres tipos de estragón, tomillo, menta, mejorana, y debo estar olvidándome de varias.

En la primavera y el verano las utiliza frescas, un poco antes del otoño las seca al sol y las guarda en frascos en un sitio oscuro y seco.

En realidad no sé por qué les cuento esto, no tiene mucho que ver con nada y no es importante. Pero cada vez que me imagino a mi madre, la veo arrodillada o con unas tijeras de podar, sus guantes, un sombrero de paja o un pañuelo, hablándoles a sus plantas.



Uno de los momentos más felices de mi niñez era cuando me llamaba y me pedía que la acompañara. Me explicaba cuál era cuál, qué tipos de cuidados requerían, cómo curarlas cuando las atacaba el pulgón o alguna otra plaga, o cómo podar el rosal.

No es que a mí me interesara la jardinería particularmente, pero el solo hecho de que ella quisiera compartir conmigo esa actividad a la que se dedicaba con tanto esmero bastaba para hacerme sentir dichoso.

Podía quedarme horas doblado en dos revolviendo la tierra, abonando las plantas sin importar el clima. Tal vez cuando ustedes evocan su niñez y sus momentos felices, recuerdan algún paseo o unas vacaciones. No sé. Yo evoco el olor de la tierra y el de las hierbas. Aún hoy, tantos años después, basta el olor del romero para hacerme feliz. Para hacerme sentir que hubo un momento, aunque haya sido solo un instante, en que mi madre y yo estuvimos comunicados.

\*\*\*

Con mi padre la relación era, o debo decir “es”, mucho más fácil. Yo me ocupaba de mis asuntos y él de los suyos. Me explico mejor: si yo me ocupaba de sacar buenas notas, hacer deportes (natación y rugby), obedecerlo y respetarlo, no tendría ningún problema. Él, bueno, él... él se ocupaba de lo suyo, es decir, de sus negocios y sus cosas, cosas que nunca compartió con nosotros.

Mi padre es, aún hoy con sus sesenta y cinco años, un tipo corpulento. Fue pilar en el San Isidro Club en su juventud y, cuarenta años después, cuando yo jugaba al rugby en las divisiones infantiles, había gente que lo recordaba. Tiene una mirada terrible, una de esas miradas que bastan para que uno se sienta en inferioridad de condiciones, una de esas miradas que hacen que su portador vaya por el mundo pisando todo lo que le ponen en el camino.

**MIL**

Supongo que no hace falta decir el pavor que sentía ante la posibilidad de que enfocara en mí sus ojos azules asesinos.

**PAADRIE**

Mi hermano había sido su orgullo, el primogénito y el primer nieto de la familia. En las fotos de cuando Ezequiel era chico y estaba con papá, hay una expresión de felicidad, una gran calma y un indisimulado orgullo en los ojos de mi padre.

Ezequiel nació pesando más de cuatro kilos, el pelo negro como el de mi madre y los ojos azules como los de él. Era una perfecta síntesis de lo mejor de cada uno de ellos, la cara ovalada, la nariz recta. Un precioso niño.

Cuatro años después mi madre quedó otra vez embarazada, pero el bebé, una niña, murió en el parto. En ese momento decidieron no tener más hijos. Después, cuando mamá volvió a quedar embarazada, no lo podían creer. Ezequiel colmaba todas sus expectativas, era un buen alumno, un hijo ejemplar, era todo lo que habían deseado. Se imaginarán que de ese embarazo nació yo. Ezequiel me confesó, muchos años después, que me odió por eso. Odió a ese bebe que no era ni grande ni lindo (yo tengo la combinación inversa; el pelo castaño de mi padre y los ojos marrones de mi madre). Me odió por haber llegado a romper esa química, por haberlo desplazado del centro de atención en el que estaba hacía trece años, hacia la periferia.

LEONOR

IMPLANTADOS  
RECUERDOS IMPLANTADOS  
RECUERDOS IMPLANTADOS  
RECUERDOS  
IMPLANTADOS  
RECUERDOS IMPLANTADOS  
RECUERDOS IMPLANTADOS

IMPLANTADOS  
RECUERD  
IMPLANTAI

RECUERDOS IMPLANTADOS

RECUERDOS  
IMPLANTADOS

RECUERDO

RECUERDOS  
IMPLANTADOS

RECUERDOS IMPLANTADOS  
RECUERDOS IMPLANTADOS

RECUERDOS

RECUERDOS IMPLANTADOS  
RECUERDOS IMPLANTADOS

RECUERDOS IMPLANTADOS

JERDOS RECUERDOS  
ANTADOS IMPLANTADOS

VERDOS

NTADOS





Seguro que mi primer recuerdo es ese. El del día en que Ezequiel se fue de casa. No es que recuerde exactamente la situación, pero sí que yo estaba en mi cuarto y no podía salir, y una cierta tensión en el aire.

Después no vi más a mi hermano hasta la primera fiesta, creo que era el cumpleaños de mamá.

Cuando preguntaba por él me contestaban que estaba estudiando, o con alguna de esas evasivas tan típicas de mi familia.

Yo ya sabía que no vivía más con nosotros, está claro que no se le puede ocultar algo así a un chico, por más que tenga cinco años. Había revisado, a escondidas, su habitación y sabía que no estaba su ropa; es más, yo me había llevado su Scalextric, que jamás había querido prestarme, y al no reclamármelo intuía que algo no era normal.

Mentiría si dijera que eso me inquietó. Solo era una situación nueva, distinta de la habitual. Y me proponía disfrutarla.



Durante los años que vivimos juntos yo admiraba a Ezequiel, él era mi héroe, era grande, fuerte, todos le prestaban atención cuando hablaba.

Lo trataban como a alguien importante. Como a un adulto.

No sabía entonces, y por cierto que no lo sé ahora, cuáles son los mecanismos que mueven la mente de los niños. Pero supongo que sentí que al no estar mi hermano en mi casa automáticamente toda esa atención caería en mí. Eso de algún modo fue cierto, no como yo lo esperaba, pero sucedió.

Al no estar Ezequiel en casa, yo gané un gran espacio pero no por presencia propia sino por su ausencia.

Mis padres pensaban que ya que se habían equivocado con mi hermano, no cometerían esos mismos errores conmigo.

\*\*\*

Dije antes que mi primer recuerdo es de cuando Ezequiel se fue de casa, y es cierto. Pero tengo lo que yo llamo “recuerdos implantados”, esas anécdotas que se comentan en las reuniones, habitualmente en tono jocoso, año tras año. Así pude enterarme de que cuando estuve enfermo a los 3 años no había forma de dormirme, solo lo hacía si Ezequiel me acunaba y me cantaba una canción.

Bueno, ese tipo de cosas. Ustedes ya saben, las familias se encargan de que sepamos todo tipo de anécdotas, por tontas que sean, y más si nos abochornan (estas últimas no pienso mencionarlas aquí).